

Experiencias con psicóticos en terapia operativa grupal

III Jornadas de la FEAP / Zaragoza, 24 y 25 de abril de 2004.

Autores: Sánchez Casado, A. y Piñero León, J.A., médicos psicoterapeutas (APOP).

1/ La experiencia que sirve de soporte a este escrito se corresponde con cuatro años de trabajo grupal y seis meses previos de preparación por parte de los coterapeutas. Durante esos meses de preparación del grupo, los coterapeutas se reúnen semanalmente, las últimas 4-5 veces en el mismo horario y lugar donde se llevará a cabo la experiencia. Este diálogo reproducirá en parte la filogenia de su formación grupal previa, reelaborando algunas de aquellas primeras experiencias en grupos de encuentro rogerianos, terapia gestáltica y bioenergética, o las posteriores en psicoanálisis grupal, hasta centrarnos finalmente en la metodología operativa de Enrique Pichon-Rivière, lugar de nuestros últimos espacios de encuentro para el aprendizaje acerca de la grupalidad, y de la psicosis.

Las estrategias de los coterapeutas en relación con la elaboración del **doble encuadre grupal** incluyeron pormenorizadamente, durante las más de 20 reuniones anteriores al comienzo de las sesiones grupales, los elementos espaciales, el tiempo, horarios y honorarios, roles de participantes y coordinadores y, una aproximación a la tarea inicial, que en esos primeros momentos la propusimos a nuestros pacientes como una investigación sobre sus dificultades en las relaciones interpersonales. El encuadre de los coterapeutas incluyó pre y post-sesiones, de 30 y 45 minutos respectivamente, además de supervisiones tanto individuales como en grupo.

La tarea propuesta al principio va resignificándose a lo largo de los años que dura la experiencia y termina manifestándose de modo inequívoco como una tarea terapéutica, que en su componente imaginario dio lugar a variadas fantasías en relación con el padecimiento que los convocaba al grupo, la curación y tratamiento en nuestros pacientes.

El grupo es de carácter semiabierto, contando la mayor parte de la experiencia con la asistencia de entre 5 y 8 participantes, en sesiones de una hora y tres cuartos de frecuencia semanal excepto festivos y dos meses de verano.

En la deriva intertransferencial, cinco minutos antes de empezar la primera sesión, los coterapeutas fantasean un encuentro marcado por la emocionalidad y por la presencia, entre sus fantasmas, de una variada serie de objetos bizarros mezcla de experiencias anteriores, miedos y deseos. El setting concebido durante los seis meses previos al grupo se nos mostraba finalmente en su registro visual como una especie de círculo abierto por uno de sus extremos en el que se iban situando personajes mayoritariamente importados de la clínica individual.

Esta comunicación nombra experiencias que a todos (pacientes, coterapeutas y supervisores) nos atravesaron, y apunta a una investigación en relación con el encuadre de trabajo que finalmente adquirió su pleno sentido en el desarrollo del grupo terapéutico.

2/ Psicosis y grupo

En este acercamiento consideramos pertinente, tal y como afirmamos en otro lugar¹, volver a remarcar que por el momento la clínica de la psicosis arroja entre sus productos dosis ingentes de ignorancia, superior incluso a la aportada por las investigaciones astronómica y cuántica referidas por la ciencia del último siglo. Para decir inicialmente que en nuestro contacto con dicha clínica, la simbiosis, el sincretismo intelectual, cuando no la propia dispersión de los coterapeutas apenas ayudaron a soportar solidariamente algunos de los abismos frente a los que nos sentimos bordear -si es que no caímos de lleno en ellos-, en un proceso en el que pudimos contar más de una cara de nuestro propio temor al cambio cada vez que transitábamos inmersos en los movimientos emocionales tan primarios y violentos como los que ocurren durante todo trabajo grupal.

Diremos también que aquella afirmación de Maleval respecto a la cual hoy se consideraría de buen tono entre los tratantes tener en cuenta los propios mecanismos psicóticos² nos parece bastante utópica si analizamos nuestra propia experiencia. Nada de buen tono, diríamos, sino puro requisito de aprendizaje, y no sin dolor, por cierto, acostumbrados a fantasear como estábamos con que es el otro, el paciente, el que se encuentra marcado por la clínica de la identificación proyectiva, o por la forclusión del Nombre-del-Padre, o,

en último extremo, deficitario respecto a eso que se suele llamar realidad y sobre lo que, todo hay que decirlo, nunca encontramos una definición medianamente razonable en nuestros libros de clínica.

Durante la experiencia tuvimos ocasión de volver a constatar que la clínica grupal y la clínica de la psicosis no son conjuntos disjuntos. En este sentido, reconocemos nuestra deuda con Armando Bauleo y su texto³, que nos permitió reflexionar tanto sobre los fenómenos arcaicos que las emparentan, como cuestiones relativas al interjuego de las identificaciones o la organización de las múltiples singularidades. Las referencias a lo que irrumpe violentamente en el campo de trabajo y nos sitúa necesariamente en la duda y en el desconocimiento más lamentables son extraordinariamente frecuentes tanto si hablamos de nuestra experiencia en los ámbitos de la psicosis como de los grupos

En nuestro registro de emergentes grupales iniciamos con aquel participante que no acudió a la primera sesión del grupo a la vez que había dejado clara su participación en el mismo a uno de los coterapeutas. En el momento de su incorporación, durante la segunda sesión, su primer planteamiento es una confrontación con el encuadre consensuado respecto al horario de las sesiones. Esta situación se elaboró aparentemente bien en un principio, remitiéndonos los coterapeutas a lo instituido con anterioridad durante la primera sesión, si bien quedó una dosis de frustración no elaborada que hizo que este participante se constituyese como emergente duradero de la crítica y hostilidad grupal hacia los coterapeutas en distintos momentos a lo largo de la experiencia. Uno de los fenómenos en los que se expresó claramente esta hostilidad tuvo que ver con la división esquizoide de los coterapeutas en distintas versiones de un terapeuta bueno y otro malo en la percepción grupal.

Entendemos que el trabajo grupal progresa idealmente desde el baluarte de la identidad individual a una filosofía de la alteridad que ayude al *yo* a comprender su constitución por múltiples procesos dialógicos en los cuales la novedad, la creatividad y el aprendizaje son imposibles sin la aportación de *otro yo*, ese otro cualquiera que en cualquier instante queda incorporado como marca distintiva entre un antes y un después de la experiencia. Durante el proceso, la rivalidad, la seducción y cómo no, la envidia, se van distribuyendo casi a partes iguales entre participantes y coterapeutas⁴.

Como no podía ser menos si afirmamos, con Searles, que durante el proceso participamos conjuntamente de periodos simbióticos con los pacientes, durante los cuales se producen intensos intercambios de elementos inconscientes⁵.

3/ Grupo y concepción operativa

El rol de los coterapeutas no es el de director, sino que en su trabajo observan cómo el grupo se enfrenta y lleva adelante la tarea. El coordinador relaciona lo que dice un miembro del grupo con la complejidad que afecta al grupo y su tarea. No hace una labor radial de intervenciones individuales sino un trabajo transversal y circular. Por ello, enfrentado a una situación aparentemente individualizada, trabaja con el grupo la participación de éste en esa crisis. Este elemento individual termina probablemente constituyéndose en emergente grupal, y pone en juego su propia verticalidad con la horizontalidad grupal y la transversalidad que la situación involucra desde sus distintos ejes institucionales.

Rescatamos algunas de las ideas de Kurt Lewin para plantear que los terapeutas, afectados por movilizaciones de estructuras muy primarias, también enferman y/o se curan durante el proceso. Esta situación es la que nos obliga necesariamente a no abandonar durante mucho tiempo las tareas de supervisión y análisis. Esta situación es la que nos llevó también a hablar durante algún tiempo de la enfermedad del terapeuta y de sus vínculos asociativos, en una estrategia de reflexión que terminó finalmente llevándonos a una nueva lectura de Devereux y al conocimiento de algunos aspectos de la obra de Hernán Kesselman en sus *Crónicas de un psicoargonauta*⁶. La voracidad de los pacientes durante el grupo, ese "ahora me toca a mí" que impide escuchar pensando en lo que se va a decir, tan conocido por todos los grupalistas, no es muy distinto al fenómeno que hoy nos afecta en esta mesa, al igual que nos ocurrió en muchas otras jornadas. Nos referimos a los 15 minutos que nos tocan, a este "ahora me toca a mí" que nos obliga necesariamente a agolparnos en nuestro discurso a la vez que con ello nos impide pensar cualquier tipo de silencio que pueda sobrevenir durante el proceso grupal.

Lo anterior nos hace recordar la dificultad en el manejo de los silencios durante la tarea del grupo. Un ejemplo de esa dificultad y las movilizaciones profundas que produce en los propios coterapeutas, lo encontramos durante las primeras fases de la experiencia, cuando pretendimos durante un tiempo instaurar un artefacto que se convirtiese en primer emergente de la sesión, y que finalmente se reveló como lo que realmente era, un acting de los coterapeutas en respuesta a la angustia que produjo en ellos el silencio grupal. Este emergente de la patología de los terapeutas tuvo también una expresión, ¡cómo no!, en una modificación atentatoria

contra el encuadre, bajo la cual circuló la respuesta agresiva de los coterapeutas a la provocación ejercida por el grupo con sus silencios.

La respuesta de los pacientes, inmediata, también se produce mediante otro acting, que lleva a tres de ellos a rechazar durante algún tiempo la consigna de no relacionarse fuera de las sesiones y quedando para tomar unas copas en una especie de post-grupo que dura varios meses y que se interrumpe luego de un conflicto grave entre ellos que les hace desistir de esta agresión al encuadre de trabajo. Uno de los participantes tiene una crisis delirante que le hace ir a buscar ayuda al hospital. Pero en vez de solicitar ayuda psiquiátrica, solicitó que bajara a verle el traumatólogo de guardia, que no era otro que el participante que mencionábamos al principio.

El encuadre que fue elaborado inicialmente con el mimo de las mamás de que nos habla Winnicott, y que durante determinados momentos de la experiencia se fue transformando en la medida en que el grupo avanzaba en su tarea, nos ofrecía este tipo de fenómenos que ocurrían como contrapartida a su olvido por nuestra parte.

Por entre esos cambios voluntarios en el encuadre hoy resulta obvio recordar que viajaba también nuestro propio obstáculo para poder pensar juntos, los coterapeutas, sobre las verdaderas necesidades que el grupo iba planteando durante su proceso. En momentos pretendimos resolver, tal y como hacían nuestros pacientes, desde el no-proceso del encuadre, cuestiones que obviamente siempre atañían al proceso⁷.

No nos parece vergonzante concluir en esta comunicación afirmando que a veces se nos escapó lo más obvio, lo cual aprovechamos para reiterar nuestro convencimiento de que el progreso en la tarea de abordaje de la clínica de la psicosis y del grupo pasa por replantear una y otra vez eso que intentamos denominar **la enfermedad del terapeuta**.

Muchas gracias por su atención.

- ¹ *¿Qué cogito para la psicosis?*
Piñero León, J.A. y Sánchez Casado, A.
En *Clínica y Análisis Grupal*, Vol 24 (2) N° 89, 2002
- ² *Locuras histéricas y psicosis disociativas*
J-C. Maleval
Ed. Paidos, Buenos Aires, 1987
- ³ *Psicoanálisis y grupalidad*
Armando Bauleo, Paidos, 1997
- ⁴ *Observaciones sobre la envidia: la reacción terapéutica negativa*
Piñero León, J.A. y Sánchez Casado, A.
Clínica y Análisis Grupal, Vol 23 (1), N° 86, 2001
- ⁵ *El esfuerzo por convertir al otro en loco*
Searles, H.
B.M. Psychology, Vol 32, 1959, pp 1-18
- ⁶ *La psicoterapia operativa, Vol. 1*
Kesselman, H., 1998
Ed. Lumen
- ⁷ *Simbiosis y ambigüedad*
Bleger, J., 1967
Paidos, 1989